

# HISTORIA DE UN RETRATO

## CARTAS A PABLO NERUDA

Gladys Schiferli

**México D.F. 1998**

Pablo:

Ha transcurrido mucho tiempo. Largas horas del día, de semanas, de meses. Durante el cual revisé una y otra vez el cúmulo de fotos que me dieron en Chile; leí libros sobre tus hábitos y hurgué en tus pasiones.

Desde que recibí la llamada del Embajador de Chile –dijo que me buscaban de tu fundación, que vieron mi trabajo y fui elegida para realizar tu retrato–, estoy asustada. Casi no duermo. ¡Qué compromiso!

Desde un rincón de mi estudio tú me observas impasible, misterioso y retador.

Algunos amigos opinaron entusiasmados que ese trazo blanco sobre fondo negro eras tú. Para tu personalidad tan recia no se necesitaba más. Pero yo, obsesiva, seguí investigando, seguí dando pinceladas y color.

Tu piel empezó a adquirir el amarillo que describes en tu autorretrato, tus ojos a brillar y yo dejé guiar mi mano con tus fantasías: te sentías marino, aunque nunca aprendiste a nadar. Tus tres casas, ahora museos, las diseñaste y decoraste como barcos en alta mar. Pero, mientras más te conocía y avanzaba, más grande era mi desesperación. ¿Por qué siempre nos cruzamos y nunca te conocí? Sería tan fácil ahora plasmarte. Si tan solo un instante hubiéramos estado frente a frente y te hubiera observado hablar o reír... Un día, cuando yo estudiaba en Santiago, caminando por la avenida Providencia vi un grupo de personas empujándose por ver y oír de cerca a alguien. Curiosa, me acerqué y pregunté quién era. –Es Pablo Neruda– dijo un señor, me acerqué aún más dando brinquitos alrededor de la gente, estirando todo lo que pude mi cuello, pero fue en vano, sólo logré ver una boina. Tu inseparable boina.

Cada día en mi estudio, entre pinceladas, te cuento cosas. Siempre me he llenado de orgullo cuando en México y otros

países me dicen que soy de la tierra de Neruda. Hablo a menudo de ti con tus amigos entrañables: Guadalupe Rivera, hija de Diego. Andrés Henestrosa, escritor mexicano contemporáneo quien, con sus 93 años y su mente privilegiada, me deleitó, mientras posaba para su retrato, con los recuerdos de vuestras correrías y travesuras juntos.

Te cuento que crecimos en las mismas tierras. Tú en Temuco; yo, en Victoria. Cómo me gustaría saber lo que sentías de niño cuando te cargabas de energía creadora leyendo sin descanso durante los interminables días lluviosos del sur. Jugando a soñar e imaginar.

Ahora sé que hemos coleccionado cosas similares: caminé por los mismos lugares que tú caminaste en “La Lagunilla”, mercado mexicano de antigüedades, buscando cosas absurdas y tesoros ocultos debajo de la capa de polvo de los tiempos. También trajiste contigo de tierras lejanas objetos insólitos y coleccionabas todo, hasta zapatos viejos. Yo no coleccioné caracolas, porque alguien me dijo que no traen buena suerte. Pero ¿cómo puede tener mala suerte quien puede confesar que ha vivido?

Te voy a dibujar caracolas, el mar que adorabas y tus mascarones de proa. Perdóname, pero no tengo espacio para todos, elegí a María Celeste, que fue uno de tus predilectos. No podía dejar de agregar a un caballo; son mi pasión, pero yo nunca tuve tu maravillosa audacia de vivir con uno de tamaño natural. Yo los hago trepar en desenfrenado galope por las paredes y cielo de mi casa-estudio. El que te pinté es alado. Creo que te gustará.

Ya se acabó el tiempo. Debes irte. Tú dices que tus manos son grandes, aquí le falta volumen. Marcaré un poco más este lunar porque, aunque nadie habla de ellos, yo siento que el de la frente es importante... Apenas dará tiempo para embalarte. Te irás a Chile por valija diplomática. Yo iré en unas semanas. Adiós. Allá nos vemos. Espérame un momento... Aquí falta una pincelada...



### **Santiago de Chile, noviembre de 1998**

Hoy me habló Juan Agustín Figueroa, presidente de tu fundación para reiterarme que le ha encantado tu retrato, pero me pide que revise tu mejilla derecha porque él la recuerda más redondeada. Además, el retrato se rayó levemente con un clavo durante el traslado, a la altura del corazón. Debe retocarse sin demora.

Voy puntual a “La Chascona”, a mi cita contigo, o sea con tu retrato. Es tu casa-museo en Santiago. Siento emoción. Me asignan una sala en el segundo piso o tal vez en el tercero, son tantos recovecos que me pierdo, pero en cada esquina, en cada rincón percibo tu presencia y eso me divierte.

Estoy sola. Tú te encuentras apoyado en la pared del cuarto vacío. Estoy feliz de verte nuevamente ya que, con las prisas en México, antes de tu viaje, probablemente faltó algún detalle. Retoco la mejilla, pinto algunas luces rápidamente por aquí y por allá. Avisé que esto me tomaría 15 minutos, cuando mucho.

De repente sufro un estremecimiento, algo me impulsa a seguir. Hay un silencio total. Sigo aplicando luces y

sombras atenuando algunos rictus, resaltando otros. Percibo la presencia de alguien detrás de mí. Me vuelvo con rapidez. Es una señora pequeña, delgada, de ojos claros, de cierta edad. Mira el retrato con ojos melancólicos. “Es él –me dice– la felicito.” “¿Usted lo conoció bien?”, le pregunté. “Sí –contestó– pude haberlo conocido mucho más, pero tuve miedo; su personalidad era arrolladora. Halagada con la opinión de quien te conoció te miré satisfecha y quise preguntarle más sobre ti, pero ella desapareció, no supe quien era, ni de dónde venía.

Alguien golpeó la puerta, es Jorge el portero: “Ya me voy señora, es muy tarde –me dijo– tengo que cerrar”.

Tenía razón, era muy tarde, oscurecía, la música proveniente de la radio de los albañiles que construyen la plaza cultural que llevará tu nombre dejó de sonar. Mañana es el gran evento en que se develará tu retrato. Debo irme. Levanté los ojos hacia la tela para decirte nuevamente adiós. Fue entonces que noté tu mirada de complicidad. Había sucedido el milagro. Se acabó el monólogo. Ahora podías hablar. Dejaremos de cruzarnos. En la Chascona sucedió. Aquí, por primera vez, hoy te encontré. 🇵🇷

---

Gladys Schiferli. Artista plástica chilena, residente en México.